

tóicos es una locura. Jesucristo, al subir en la cruz, nos enseñó á aceptar el dolor, y hasta á amarle. Él nos ofrece el dolor como sumamente amable; y cuando nos dice: prosternaos al pié de la cruz, nos demuestra, que verdaderamente es Dios!

¡Oh! si el tiempo de que puedo disponer me lo permitiese, si pudiera entrar en las profundidades de este asunto, os demostraria el triunfo de Jesucristo, lo que me atrevo á llamar la obra maestra de Jesucristo, lo que hace que en ninguna otra parte se encuentre lo que se encuentra al pié de la cruz, quiero decir, el sublime consuelo en el dolor.

En el momento en que Luis XVI iba á subir al cadalso, se resistió á ser atado; su confesor, mostrándole el crucifijo, le dijo: El Señor, por amor nuestro, quiso ser atado. E inmediatamente el rey alargó las manos como un niño.

Todos los dias vemos á niños, doncellas, mujeres en la flor de la edad, obligadas á tener que abandonarlo todo, decir con calma y la sonrisa, como el rey mártir: Puesto que el Señor fué clavado en la cruz, muy justo es que yo esté igualmente clavada en mi pobre lecho.

No solo nos ha enseñado á aceptar el dolor, sino á amarle! ¡Amar el dolor! Apenas me atrevo á pronunciar ante personas de mundo esta expresion: ¡amar el dolor! y, sin embargo, no acierto á ver en la historia de la Iglesia una via mas luminosa y mas bella que la del amor del dolor. Desde los primeros dias de la Iglesia, los cristianos, azotados ante los tribunales, volvian regocijados á sus casas, porque habian padecido por Jesucristo. Santa Teresa decia: Señor, padecer ó morir! Santa María Magdalena de Pazzi exclamaba: «Padecer y no morir. Cuando considero el horror que tenemos al sufrimiento, y que á su aspecto nuestros miembros tiemblan, nuestros cabellos se erizan, y oímos, al mismo tiempo, á doncellas delicadas exclamar: Padecer, padecer! preciso es convenir, en que ese espíritu es nuevo, que esa aceptacion y ese amor descienden de la cruz de Jesucristo, porque Jesucristo es Dios.»

Todavía no he dicho la última palabra. Aceptar el dolor, amar el dolor, es de suyo grande, admirable; pero buscar el dolor, suspirar por el dolor, y cuando el dolor no viene naturalmente, descubrir sus espaldas, é imprimir en ellas los estigmas sagrados de Nuestro Señor Jesucristo, esto es sublime; y, sin embargo, he ahí lo que se hace, no por un individuo, sino por millares de religiosos y religiosas, personas de carácter dulce, personas humildes, recogidas, amables. Este amor del dolor, esta pasion por el dolor ha regenerado al mundo.

Hermanos míos; nosotros no somos llamados á subir por esas altu-

ras maravillosas; Dios no exige de nosotros que busquemos al dolor; no nos pide que nos lo impongamos á nosotros mismos; pero, sí, quiere, que lo aceptemos. Recordad que no es cristiano quien no ama la mortificacion, quien no procura arrancar de su corazon todo lo que es malo; y que un dia, Jesucristo, en presencia de los Santos y de los Angeles, examinará nuestros piés, nuestras manos y nuestro corazon para ver si encuentra en ellos algo de lo que hay en su corazon, en sus piés, y sus manos. ¡Quiera el cielo que halle alguna semejanza entre sus miembros y los nuestros, para que podamos ser con él eternamente dichosos! Amen.

DOMÉSTICOS, véase: AMOS y CRIADOS.

---

## DOMINGOS.

---

### I.

*Sex diebus operaberis... septimo autem die sabbatum Domini Dei tui est.*

Los seis dias trabajarás... mas el dia séptimo es sábado, ó fiesta del Señor Dios tuyo.

(Exod. xx, 9.)

Si solo consultamos nuestra razon y nuestro criterio íntimo, reconoceremos que existe una obligacion para toda criatura razonable, de consagrar al culto de Dios alguna parte del tiempo que debemos á su liberalidad. ¿Qué cosa más justa y conforme con esta regla de equidad, que dentro de nosotros mismos poseemos, que el tributar homenaje á nuestro Criador, á lo ménos, en parte, del mejor presente que nos ha hecho en su bondad? Admitir que podemos recorrer el círculo de toda una vida sin destinar parte de ella á la adoracion, á la alabanza de Aquel de quien la hemos recibido y que nos la conserva á cada momento con una como creacion continuada, es una suposicion que subleva la conciencia, y contra la cual protesta la ley de la naturaleza esculpida en el corazon humano. Pero este precepto del orden natu-

ral moral, al proclamar el deber como principio en el fuero interno, no ha fijado su medida, no ha señalado el tiempo en que debe cumplirse; así es, que para que el hombre, fascinado por los objetos sensibles, no se olvidase de rendir este sagrado tributo, ó abandonado á sí mismo en la interpretacion de la ley, no vacilára en cuanto al empleo del tiempo sobre la parte que debia reservar al reconocimiento, y sobre la que podia conceder á sus necesidades, dignóse Dios explicar y precisar el precepto en un mandamiento positivo, para desvanecer toda incertidumbre y precaver toda infraccion.

Con una munificencia propia tan solo de Aquel que posee la inmortalidad, en la division de los dias, otorga la mayor parte á la actividad humana, y se reserva la menor para la ostentacion de su gloria. De los siete dias de la semana, quedaron seis á disposicion del hombre, y uno solo para él; pero si con esta generosa concesion dió muestras de su grandeza, tambien las dió de su bondad, queriendo tener otro rasgo de semejanza con el sér que á su imágen formára. «Los seis dias trabajarás, le dijo, y harás todas tus labores: mas el dia séptimo es sábado, ó *fiesta* del Señor Dios tuyo. Ningun trabajo harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tus bestias de carga, ni el extranjero que habita dentro de tus puertas, ó poblaciones (Exod. xx, 10).» Y ¿por qué? ¡Oh! amados hermanos míos, ¡cuán digna y consoladora es para nosotros la razon que de ello nos dá Dios! Escuchad: «Por cuanto, prosigue el Señor, en seis dias hice el cielo, y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansé en el dia séptimo: por esto bendije el dia del sábado y le santifiqué (Exod. xx).» ¡Oh hombre! ¡á qué altura te eleva la religion! ¡Cuán grande me pareces, cuando te considero á la luz de la fé! Para ennoblecer tu trabajo, como tu descanso, la religion ajusta estas dos leyes á un tipo divino. Como tu Dios, trabajas seis dias; como tu Dios, descansas en el dia séptimo. Una imágen reproduce su modelo; reconócese al hijo en las facciones de su padre. Tú eres, pues, la imágen de Dios; tú eres, pues, el hijo de Dios. Sin embargo, algunos se desheredan de estos triunfos gloriosos, y se rebajan á la condicion del ente irracional, alterando con la profanacion del santo dia la adorable economía que los hace semejantes á Dios mismo. Para que vosotros no imiteis á estos infelices, quiero demostraros la excelencia de esta ley; ayudadme, primero, á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. De que la obligacion de guardar el séptimo dia fué impuesta por primera vez con solemnidad en las tablas de la ley, dada á los hijos de Jacob por el ministerio de Moisés, mal podria deducirse, como

han hecho algunos doctores, que no fuese ya conocida y observada en los tiempos primitivos, desde el principio del mundo, hasta los patriarcas. La letra y el espíritu del precepto, lo mismo que la enseñanza del clero y la conciencia de los fieles, no se prestan á tan limitada interpretacion. El dia que debemos guardar, lo vemos *bendecido y santificado* al principio del mundo por boca del Eterno mismo: bendicion y santificacion que ya no tienen significacion posible, si no se toman en el sentido de un culto religioso. Y bendijo al dia séptimo; y le santificó. No; no es un mandamiento nuevo el que el legislador de los hebreos dicta á su pueblo, sino ántes la nueva promulgacion de una práctica antigua, que, desde hacía mucho tiempo, pertenecía á las creencias y costumbres de aquel pueblo. Dios, por boca de su siervo, no dice á Israel: *Santificarás el dia del sábado*; sino: *Acuérdate de santificar el dia del sábado*. Y por lo que mira al espíritu de la ley, basta estudiarla en sus motivos, en sus *considerandos*, como hoy suele decirse, para convencerse de que no va dirigida solamente á este ó aquel pueblo, sino á todos los de la tierra.

Reservando para sí un dia de la semana, á fin de que le fuese especialmente consagrado, sin duda quiso atender á su culto; pero tambien, por decirlo así, obró movido de más altos pensamientos, y se propuso un objeto aún más elevado. Quiso que el dia del descanso brillase entre los demás dias como un monumento eterno de la creacion, expuesto á las miradas de los pueblos para que nunca se borrara de su memoria. Aunque el dogma de la creacion es la solucion más razonable del enigma que nos ofrece el principio de todas las cosas, no por eso deja de ser un misterio, que fué en todo tiempo un escollo para la razon humana, no solo entre el sencillo vulgo, sino aún entre la flor y espuma de las inteligencias. En todos los países y en todas las épocas, en que se perdiéran los vestigios de los dias antiguos y se borráran los recuerdos de los tiempos en que se formó el mundo, pueblos y filósofos cayeron sobre este punto en las creencias mas insensatas ó en los sistemas mas absurdos. Y hoy en dia tambien, la creacion es, entre nosotros, el grande escollo contra el que se estrellan los espíritus soberbios, que quieren explicar el mundo con ayuda de su sola razon, menospreciando las doctrinas reveladas. ¡Cuántos esfuerzos inútiles entre los alemanes y en muchas escuelas francesas, hechos por pensadores de primer orden; cuántos tormentos de imaginacion en punto á metafísica é idealismo, para dar en fin con la primera razon de las cosas, con el principio de todo!

Como quiera que la idea de Dios es esencialmente inherente á la idea de la creacion, ésta no podia desfigurarse sin que aquélla sufriera

se tambien profundas alteraciones en el juicio humano. De los errores sobre el origen del mundo emanaron errores no ménos crasos sobre la naturaleza de la Divinidad. De aqui el politeismo, que la multiplica para las necesidades del gobierno del universo; el dualismo, que la divide en dos mitades empeñadas una contra otra en un antagonismo eterno, por no poder explicar de otra manera la mezcla de los bienes y de los males en la tierra; el panteismo, en fin, que la reduce á la unidad, pero unidad monstruosa, que confunde á todos los seres en una sola y misma sustancia diversamente modificada. Si Dios, dejando al hombre entregado á su libre albedrío, no ha precavido sus devaneos, á lo ménos ha salvado la verdad de un naufragio universal, ha justificado su providencia y dejado al error sin disculpa, con la consagracion de un dia, que nos trae cada semana á la memoria la gran primera época de la historia del universo, en que el cielo, la tierra y los mares salian de la nada, á la voz de un Dios único, eterno, omnipotente y lleno de bondad.

La idea de Dios es el orden, la vida, la luz; es la salvacion de los individuos, de las naciones; es la fuente de toda virtud, de toda felicidad, de todo progreso. Si esta idea brilla en una inteligencia ó en un pueblo, todo se ilumina, y se enardece, y se anima; pero si la apagais ó la corrompeis, trastornais el mundo. Moral, filosófica y políticamente considerado, el dia del descanso es una excelente enseñanza práctica, que conserva y populariza, con la creencia en el misterio de la creacion, la idea de un Dios único y todopoderoso, que habló, y todo quedó hecho. El impío ha osado decir: Borremos de sobre la tierra todos los dias consagrados al culto de Dios. ¡Insensato! Si su horrible deseo hubiese de cumplirse, presto volveríamos á las tinieblas de los siglos bárbaros.

El domingo, hermanos míos, es el dia del descanso que, en la ley de gracia, sustituye al sábado de la ley antigua. Ora haya obedecido á una orden expresa de Jesucristo: porque el Hijo del hombre, como él mismo afirma, es dueño aún del sábado (MATTH. XII, 8); ora haya obrado en virtud de la potestad que la ha dado su divino Fundador, sobre los pormenores de la disciplina relativos al santo culto, la Iglesia ha creído, que debia trasladar el cumplimiento del precepto del dia séptimo al primero de la semana, no pretendiendo con esto alterar su sustancia, ni cambiar sus motivos, su espíritu y su excelso fin; y aún cuando la observancia del domingo ha venido á ser un mandamiento de la Iglesia, en cuanto á la manera y al tiempo de santificarlo, no ha dejado, empero, de ser un mandamiento de Dios. La sustitucion del dia séptimo por el primero de la semana, la explican y justifican las más

graves razones. Si era conveniente celebrar con un culto perpétuo la conmemoracion de las grandes obras de un Dios criador, no lo era ménos consagrar la de las obras aún más maravillosas de un Dios redentor. El milagro de poder que hizo al mundo, ¿merecia más admiracion y agradecimiento que el milagro de amor que lo salvó? Ciertamente que el sábado era santo, por ser el dia en que el Señor descansó, despues de dar cima á la obra de la creacion; pero el dia en que Jesús resucitado salió glorioso del sepulcro, vencedor de la muerte, del pecado y del infierno; el dia en que su Espíritu descendió visiblemente á la tierra para derramar torrentes de gracias, de luz, de consuelo y de vida, ¿no tenia tambien derecho á ser eternamente consagrado en la memoria de los hombres, eternamente bendecido por su piadoso reconocimiento? Sin embargo, para no multiplicar las solemnidades del descanso con detrimento del trabajo, la Iglesia reunió cuerdamente en una misma celebracion las dos grandes conmemoraciones de la creacion y la redencion del mundo.

2. Ahora, amados oyentes, examinada ya la ley del descanso en su origen, apreciados sus motivos y objeto, seguida su luminosa huella al través de los siglos y los pueblos, y hallado, que el domingo es su fórmula más elevada y perfecta, saludemos este gran dia con el rey Profeta, dando voces de admiracion y de alegría; entonemos en su honor un cántico nuevo, y celebremos sus magnificencias y beneficios. ¡Gloria al domingo! El domingo es el dia de Dios. El ha hecho sin duda todos los tiempos como todos los espacios; él es sin duda el Supremo dominador de los siglos como de los mundos. Suyo es el dia, y suya la noche; él crió la aurora y el sol, y como un rico brocado, matizó la aurora con sus tintas de púrpura y oro, y cada sol que por la mañana se levanta sobre nuestras cabezas es una antorcha encendida por su mano. Pero el domingo es su dia propio y, en cierto modo, personal; su dia, porque le distinguió y dispuso en el orden de los dias con singular complacencia; su dia, porque en él hizo brillar sus mayores maravillas, aquel *fiat lux* que alumbró al mundo material, y la aparicion de la otra luz mil veces más fecunda y más pura que ilumina el mundo de las inteligencias; su dia, porque se lo reservó, y con nadie quiere dividir su gloria, ni ceder la menor parte á las obras de la tierra; su dia, porque este dia es la imágen y como el pálido reflejo del dia eterno, del reposo inmutable en que él reina con sus santos, y en que el mudo éxtasis de sus escogidos, enajenados en la contemplacion de su grandeza, solo es interrumpido por las acordes armonías de los conciertos celestiales; su dia, porque si los príncipes de la tierra, los dueños de las naciones tienen dias de gran recepcion y solemne

audiencia, en que se presentan á los pueblos en la regia estancia, rodeados de toda la pompa del poder, es justo que la primera Majestad tenga tambien sus horas de audiencia divina, y convoque en su templo á sus adoradores, para hacerles reconocer su alto dominio y confesar su dependencia; su dia, porque es aquel en que la Divinidad recibe el único homenaje digno de su infinita grandeza. Los cielos, á la verdad, publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la grandeza de las obras de sus manos; pero á este tributo le falta cuanto puede darle precio, una voz libre, un corazon sensible, un alma inteligente; y en el domingo, particularmente, recogiendo el hombre las mil bendiciones que todos los séres de la naturaleza dirigen á su Autor, y animándolas con la llama del sentimiento y del amor, les dá el valor que las hace gratas á la divina Majestad. El domingo, en fin, es el dia de Dios, por ser el de su sacrificio, de sus sacramentos, de los triunfos de su gracia y de su palabra; el dia en que la religion ejerce en su forma más solemne sus actos mas sublimes. Y está la misma religion tan asociada al domingo, que á suprimir este dia, no se haria esperar mucho tiempo la negacion religiosa.

¡Gloria al domingo! El domingo es el dia del hombre. Ya sabeis, amados hermanos míos, que en nosotros hay dos hombres; el primero es el terreno, formado de la tierra; y el segundo es el celestial, que viene del cielo. El primero se mantiene de pan; el segundo vive de verdad y de toda palabra que procede de la boca de Dios. El uno es carne y sangre, y por sus hábitos animales no se muestra muy superior á la bestia; el otro es espíritu y vida, y por sus facultades intelectuales es apenas de un grado inferior al ángel. De estos dos principios, ¿cuál es el que constituye verdaderamente al hombre, que le señala su clase y su rango en el orden de los séres, y fija su carácter, su importancia y dignidad? Aquel que, sobreponiéndose á las bajas regiones de la naturaleza inferior, le acerca al elevado origen de la luz y de la vida divina. Los seis dias concedidos cada semana al trabajo, no son, pues, propiamente hablando, los dias del hombre, sino los del organismo físico, de la accion material y brutal, de la criatura mortal y afanosa que procura penosamente con el sudor de su rostro, atormentando la tierra y arrancándola sus productos, dar el sustento que perece á un cuerpo tambien perecedero. Pero para el hombre espiritual, inmortal, ansioso de conocer el supremo bien y capaz de amarlo, ¡oh! el domingo es su dia. El domingo dá á sus necesidades íntimas, á sus nobles instintos, á sus aspiraciones más vastas que el tiempo y el espacio, toda la satisfaccion que reclaman. Despues que durante seis dias se ha fatigado con un trabajo impropio, ó desvelado en la noche tene-

brosa por intereses y asuntos perecederos, vedle en la aurora del santo dia, ved como levanta su frente augusta, ved como alza con su corazon aquella mirada sublime, dotada del privilegio de contemplar los cielos! Entónces se pone en comunicacion, no ya con una naturaleza vil y grosera, sino con la pura é incorruptible esencia; entrégase al cultivo, no ya de una tierra avara que parece dar de mala gana frutos de muerte, sino de un alma inmortal que, en pago de sus cuidados, le hace saborear los dulces frutos de la sabiduría. En esta santa relacion con su Dios, bajo la influencia de su palabra y con el rocío de la oracion, su pensamiento se esclarece, su virtud se acrisola y fortifica, su sensibilidad se desarrolla y perfecciona, todo el hombre moral se descieñe y renueva. ¿Qué seria de nosotros, Dios mio, con el peso de nuestras pasiones, que nos encorva hácia la tierra, si el domingo no viniese á sacarnos de este fango y á impelernos hácia lo infinito? Presto se buscaria en vano al hombre en el hombre mismo: ya no se hallaria en él más que inclinaciones abyectas, tendencias brutales, una inteligencia degradada, un espíritu trocado en carne, un corazon incapaz de latir bajo la inspiracion de un sentimiento generoso, un alma identificada con los sentidos, encarnada en la materia.

¡Gloria al domingo! Este es el dia de la familia. ¡Qué de encantos presta este hermoso dia á una casa cristiana! Hay quien se queja, y con razon, de que se aflojen los lazos de la sociedad doméstica, y de que el espíritu de familia tienda cada vez más á desvanecerse; pero es de observar tambien, que este desorden se propaga y generaliza, á medida que se conculcan más escandalosamente las santas prescripciones de la ley del descanso. Recobre el domingo sus derechos, devolvedle sus antiguos honores, y pronto vereis florecer de nuevo aquellos felices tiempos en que cada hogar era una escuela de virtud, un santuario de paz y de inocencia. El domingo, en efecto, forma por sí solo toda la educacion de la familia, cuyos individuos se dispersan y aislan en los demás dias de la semana, dedicándose cada uno á sus cosas, el padre á los negocios ó al trabajo, la madre á los quehaceres domésticos, los hijos al estudio en las escuelas públicas ó al aprendizaje de los oficios; miéntras que el domingo, por el contrario, les aproxima unos á otros, y les reune al pié de los altares, en derredor de la cátedra evangélica y de la sagrada mesa, de la que traen pensamientos de paz, una conciencia descargada, un corazon satisfecho, una voluntad más generosa de amarse, de ayudarse, de contribuir á la dicha de todos con atenciones y con un apoyo recíproco. Tambien les reune en torno de la mesa y del hogar paterno, para que los placeres les sean comunes como los deberes. Prácticas piadosas han santificado el dia, y

la velada trascurre entre dulces pláticas é inocentes juegos. Muchas veces un abuelo cargado de años y lleno de discrecion, semejante al antiguo patriarca en medio de una numerosa posteridad, despues de haber dado el ejemplo de fidelidad á la ley del Señor, estimula con la afabilidad de su rostro venerable y con la sal de sus agudezas, una amable y franca alegría. Decidme, amados hermanos míos; ¿qué es lo que en el seno de las familias reemplazará la pura y saludable influencia del domingo? ¿Será para las clases acomodadas la asistencia á las funciones teatrales que, conmoviendo el corazón con la representación de desgracias imaginarias, lo endurecen para los gozes legítimos y las penas reales de la vida? ¿Será para la clase trabajadora la taberna, centro de placeres egoistas, en que un padre desnaturalizado se olvida, entre los vapores de la embriaguez, de que deja tras sí á una esposa deshecha en lágrimas, y á unos desdichados niños que no tienen pan?

¡Gloria al domingo! El domingo es el día de los pueblos, el día social por excelencia. La idea de nacionalidad envuelve la idea de un culto público. Dios formó las sociedades políticas como los individuos. Ellas le deben, por lo mismo, un tributo de honor, homenajes solemnes; y no hay bajo el sol espectáculo mas hermoso que el de un gran pueblo, que bendice unánimemente á *Aquel que reina en los cielos*, como dice Bossuet, *y de quien dependen todos los imperios*. El templo, el sacerdote, el pueblo reunido, este es el culto público: pero todo eso, ¿es otra cosa que el domingo? ¿Quién dirá, que lo que era bueno para unas ciudades nacies, para unos pueblos que aún vivían en la infancia, no puede ya convenir á nuestras sociedades emancipadas, secularizadas, hechas laicas, que caminan ufanas y libres por la senda del progreso, al único impulso de sus fuerzas y de sus luces? Pero si así sucede, ¿en qué consiste, que los pueblos más adelantados en civilización, sean precisamente los que consagran un día de la semana al culto de Dios, y que el grado relativo á su perfeccionamiento social se mida por la mayor ó menor exactitud con que observan, en el cumplimiento de este deber, la ley del supremo Legislador? ¿En qué consiste, que en una época de infausta memoria haya bastado en Francia la sustitucion oficial del glorioso domingo con la innoble década, para patentizar toda la distancia que separa la civilización de la barbárie? Además, ¿qué necesidad tenemos de deciros, orgullosos menospreciadores del pasado, admiradores exclusivos de vuestro siglo y vuestras obras, que cuanto más civilizado está un pueblo, tanto más reclama buenas costumbres y altas virtudes; que cuanto más avanza en lo que llamais progreso, tanto más próximo está á su ruina,

si la religion, como un aroma preservativo, no lo salva de la corrupcion? La gloria de las armas y las letras, el cultivo de las ciencias, los prodigios de las artes, la prosperidad de la industria, el perfeccionamiento de los métodos y de la maquinaria, el acrecentamiento de la producción, de la riqueza, todo esto es bueno, peregrino, grande sin duda, ¿quién trata de negarlo? Pero, ¿estriba aquí toda la fortuna, el patrimonio todo de una nacion? ¿Nada son para vosotros la justicia, la buena fé, la prudencia, la moderacion de los deseos, el espíritu de abnegacion y de sacrificio? Y ¿podeis ignorar las fuentes en que se bebe la inspiracion de estas virtudes? No niego que habeis robado á la tierra todos sus secretos: la naturaleza, interrogada en vuestros alambiques y crisoles, ha dado respuestas que, en cierto modo, os hacen partícipes del poder creador; vuestro compás ha medido los cielos, y habeis predicho las revoluciones de los astros, aún las más lejanas y ménos regulares, con una precision que haría creer que sois vosotros los que presidís sus movimientos; habeis puesto en las ruedas de vuestros carruajes y en los flancos de vuestros buques las alas del rayo; y merced al partido que habeis sabido sacar del vapor, el hombre rueda con la rapidez del torbellino, como el polvo arrebatado por el viento, y saludais ya el próximo día en que será llevado por los aires con una velocidad mucho más increíble. Todo eso es peregrino, lo repetimos; pero para la salud y la buena constitucion de un pueblo, todo eso no vale tanto como una virtud, una idea moral, un buen pensamiento, un sentimiento elevado, una palabra de amor que fortalezca y consuele; y éstos son los frutos con que el domingo se corona. Así es, que dó quiera que las costumbres públicas no garantizan suficientemente la observancia del día del descanso, los Gobiernos han creído que debían garantirla con leyes. Pero, ¿de qué servirían las leyes sin los ejemplos? Lo diremos con el respeto debido á los poderes establecidos, pero, al mismo tiempo, con la libertad del ministerio evangélico: ¡Desdichados de los Gobiernos que, fuera de las excepciones que la necesidad justifica, diesen á los pueblos el escándalo de la infraccion de la ley de Dios y de la suya propia! Pervirtiendo el sentimiento moral, y falseando la rectitud natural del espíritu, con la contradiccion del *si* y del *no* sobre el derecho y el deber, quebrantarían de un mismo golpe la autoridad de Dios y la suya propia, cuya base más sólida reside en la conciencia!

3. Acabamos de exponer el precepto, amados oyentes, con todas las circunstancias que lo recomiendan á nuestra fidelidad, respeto y amor. Ahora falta atender á las objeciones; pero ántes debemos hacer dos observaciones importantes. La primera es, que ménos se trata de

objecciones que de excusas, pues no pueden suscitarse dificultades formales contra la observacion del domingo, ya que el mismo Dios, autor de la ley, previó todas las consecuencias que debia producir. Lógicamente, es imposible admitir dos órdenes de verdad contradictorios, uno, que consagrarse la obligacion de guardar la ley del descanso, y otro, que hiciese incompatible la observancia de esta ley con los intereses bien entendidos de la sociedad. La segunda observacion es, que la cuestion del domingo no está hoy en el punto en que la dejaran los teóricos del último siglo. Nos complacemos en reconocer, que ha dado un paso en la esfera intelectual, y que, á lo ménos, en principio, ningún hombre notable, ninguna escuela autorizada pone en tela de juicio su utilidad y conveniencia; pero por una extraña inconsecuencia, la teoría es diferente, y diferente la conducta; y vése con harta frecuencia, que los más ardorosos apologistas del derecho se muestran adversarios prácticos del hecho; y al par que van preconizando los beneficios de la ley del descanso, condenan al trabajo en sus talleres y fábricas, sin distincion de dias, ni excepcion de edad y sexo, á poblaciones enteras infelices de operarios. No podemos, pues, contentarnos con ese vano reconocimiento del principio, sino que debemos procurar su aplicacion, á despecho de todos los pretextos y excusas con que el afan de acumular riquezas trata de eludir el cumplimiento de la ley. Estos pretextos y excusas, que vamos á discutir sucesivamente, son los intereses de la produccion, las necesidades del trabajador, el contagio del ejemplo y las exigencias del oficio.

Hablemos primeramente de los intereses de la produccion y del comercio. Entre los agentes de la produccion, el trabajo ocupa indisputablemente un puesto importante. Sin él, seria estéril el oro, y las capacidades permanecerian inactivas por falta de brazos y máquinas para realizar sus concepciones. Por otra parte, no es ménos incuestionable, que la produccion es uno de los elementos mas influyentes de la riqueza pública. Ella es la que, ocupando á una multitud de proletarios, les asegura la subsistencia; ella la que exige al país de tributos onerosos pagados al extranjero; ella la que, con la baja de precios, pone las comodidades de la vida y hasta los goces de un lujo legítimo al alcance de todas las clases; ella, en fin, la que con la rápida circulacion del numerario de mano en mano, decuplica su valor, y hace correr de este modo la holgura y el bienestar por todas las venas del cuerpo social. Pero de estos dos principios admitidos, no ha de desprenderse, como pretenden ciertos economistas, que el dia del descanso es un capital perdido para la riqueza de un pueblo. La produccion no tiene valor apreciable sino en su relacion con las necesidades

positivas del consumo. Destruida esta relacion, léjos de ser una fuente de prosperidad, se convierte en causa de ruina. Se objetará, que cuanto más se produce, tanto más se consume, y que no puede faltar salida á los géneros. Eso seria lo mismo que decir, que es bueno que continúe lloviendo, cuando la tierra está ya saturada de aguaceros. Una produccion sin limites necesitaria poblaciones sin cuento, y no se improvisan hombres y naciones como se multiplican los productos de las manufacturas. Por otra parte, la venta siempre creciente de los artefactos no podria obtenerse sino con una baja proporcional en los precios; y como esta baja reclama la reduccion de los jornales, se privaria al mercado de un gran número de compradores, dejándolo como cerrado al obrero, que pensaria tanto ménos en adquirir lo superfluo, cuanto que apenas contaria con lo estrictamente necesario. Examinada la cuestion bajo el punto de vista que se quiera, es fuerza confesar, que la produccion tiene límites, que no puede traspasar sin prostituirse ella misma. La autoridad de los hechos y de la experiencia viene aquí á confirmar la autoridad del raciocinio. Tarde ó temprano llega el momento fatal, en que los almacenes rebosan de géneros; y ántes de que haya desaparecido el exceso y niveládose la produccion con el consumo, ántes de que la industria siga su curso regular, suelen transeurrir muchos más dias de descanso forzoso de los que la religion demandaba para la santificacion de sus domingos y fiestas.

Luego hay que tener en cuenta, amados oyentes, que si los dias de trabajo producen, el dia del descanso consume; y basta abrir los ojos para ver, cuantas ruedas industriales y mercantiles mueve el descanso fecundo del domingo, á cuantas especulaciones y empresas dá honra y provecho: construccion y conservacion de los monumentos religiosos, obras de arquitectura, de pintura, de estatuaria, de música; impresion de brevarios y libros litúrgicos, brocados preciosos, vasos sagrados en que la delicadeza del trabajo compite con la riqueza de la materia; exquisitas cinceladuras, elegantes bordados, finos tisús, ricos tapices, anchas colgaduras, provision de perfumes orientales para el servicio del incensario, y de hachas y velas para los altares; á centenares pueden contarse las industrias, y á millares los artistas y obreros de toda clase, á quienes mantienen y hacen prosperar las necesidades ó los esplendores del culto. Pero, en cierto modo, este culto no subsiste sino merced al domingo, su más manifiesta y más solemne expresion. Si quitais el domingo, están ya de sobra todos estos servicios y pompas religiosas, y cortais de un mismo golpe todos los ramos del comercio que les deben su verde follage y su rica

fecundidad. El domingo contribuye tambien al consumo, dándole indirectamente aún mayor salida en las relaciones de familia, de amistad y decoro que autoriza y fomenta. Puede decirse que en las aldeas, todo el lujo modesto que se despliega en los adornos como en las mesas, tiene su atractivo en las fiestas y los domingos. Para ir á la iglesia es preciso vestir con decencia, lo cual no es indispensable para entrar en la taberna, para coger el arado, para mover las máquinas. Y hasta en las ciudades, los trabajadores de toda clase especulan sobre el domingo, como sobre el dia que, con el consumo de los productos, debe pagarles todos los sudores de la semana; y como las más de las industrias profanan este santo dia, se muestran así tan ingratas como inconsecuentes; ingratas, porque ya que el domingo las sostiene, debieran respetarlo, á lo ménos por delicadeza y decoro; inconsecuentes, porque si toda la sociedad imitara sus ejemplos, pronto se secarían las fuentes de su misma prosperidad.

Contra el descanso del domingo se invocan los intereses mercantiles é industriales! Mas, ¿en dónde es más activo el comercio y más floreciente la industria que en aquella isla tan celosa como envidiada de sus vecinos, á la que mil velas llevan cada dia los tributos de ambos mundos, que otros mil buques corren en seguida á distribuir á todos los pueblos de la tierra, y en la que un sin número de poderosas máquinas, servidas por millones de brazos, fabrican más telas de las que se necesitarían para vestir á los hijos de Adán, derramados por toda la superficie del globo habitado? ¡Cosa admirable y digna de toda la atención del observador! En aquella perpétua actividad del pensamiento y de la mano, en aquel torbellino de proyectos, de temores y esperanzas, en aquella lucha y viva competencia de intereses, que dan á aquella tierra más movilidad y agitacion de la que tienen los mares que bañan sus costas, no se abre en los domingos ni un taller, ni una oficina, ni un mostrador; ni hay un solo almacén que hiera la vista del cristiano con la exposicion de sus mercaderías, ni quien haga, á lo ménos ostensiblemente, lo que se llama un negocio. Hasta se suspende el servicio público. El juego de aquel mecanismo, complicado con tantos resortes diversos, se para repentinamente, como un buque que fondea y descansa sobre su áncora; y la Inglaterra protestante, esa nacion enteramente industrial y traficante, cuyo pensamiento está en el cálculo, y cuya alma vive en el ardor del lucro, dá á las naciones católicas, de quiénes debiera ella recibirla, una leccion de respeto al dia cuyo descanso ha consagrado la Iglesia.

Hemos oido las objeciones de los productores, amados hermanos; y puestas en la balanza misma de los intereses, son de muy poco peso.

Escuchemos ahora al simple trabajador, y veamos si nos presenta excusas mas aceptables: «Las necesidades de la vida, nos dice, se hacen sentir cada dia; luego debo de trabajar todos los dias, para que en cada uno tenga lo suficiente.» ¡Ah! la religion, esta madre tan dulce, tan tierna y tan compasiva, no os disputará el pan cotidiano que ella os invita á pedir al Padre celestial. No, ella no desconocerá el derecho del trabajador á un salario que baste para su manutencion y la de sus hijos, cuando éstos por su edad no pueden procurársela; ella desea que, satisfecha esta la primera necesidad, os quede un excedente, que os sirva en las enfermedades, en la vejez y cuando os falte trabajo; pero este excedente ha de ser el fruto de vuestra sobriedad, de vuestra prevision, de vuestros prudentes ahorros, no ménos que de la humanidad de vuestros amos, y no del trabajo del domingo. Trabajando los domingos, veo muy bien lo que perdeis, pero no lo que ganais. Perdeis un reposo necesario á la reparacion de vuestras fuerzas, gastais más aprisa vuestra vida, os privais de las dulzuras del hogar doméstico, de los consuelos de la fé, del sentimiento de una conciencia contenta de sí misma, que causa tanta alegría y dá tanta paz á un corazón fiel. Pero, al cabo de la semana, ¿qué encontrais en vuestras manos? Un salario igual, ni más ni ménos, al que hubierais obtenido si solo hubieseis trabajado seis dias. Es un axioma en economía mercantil, que cuanto más se ofrece el género, tanto más valor venal pierde. No hay razon para que suceda otra cosa con los jornales. Estos se arreglan segun el número de operarios que se presentan, segun el número de brazos que piden ocupacion. Trabajando todos los dias de la semana, incluso el domingo, claro es, que aumentais en un séptimo este número, y el tipo del salario sufre necesariamente una reduccion proporcional. Si vuestro trabajo aprovecha, el provecho no es para vosotros, sino para el amo, que ve aumentar los productos, sin que sean mayores los gastos de su caja.

Pero dejemos este lenguaje humano, estos cálculos interesados, y volvamos á las consideraciones más elevadas, que han sido ya objeto de la primera parte de este discurso. Vosotros decís, pues, por valerme de vuestras propias expresiones: *Se come todos los dias, luego se ha de trabajar todos los dias*. Pero, ¿vive el hombre solamente de pan? Y si la corteza material y terrena necesita un alimento diario, que la conserve y renueve, el soplo divino, que lo anima ¿no quiere tambien que lo sustente y fortalezca un alimento espiritual de la gracia, de la oracion, de los sacramentos, de la palabra de verdad? ¿Es demasiado un dia para cultivar la parte mas bella de vosotros mismos, el alma imperecedera, el pensamiento, de origen celestial, despues de haber